

NOVELAS.

No bien habrá pronunciado nuestro lector el simple nombre de *novelas*, cuando sin prestar la atención y detenimiento necesarios para pesar buenamente la fuerza de nuestras razones, pasará acaso la vista por estas cortas líneas asomando á sus labios la sonrisa de la indiferencia ó el desprecio. *Novelas!*... se dirá; sinónimo de desconcierto, de sutileza, de inutilidad literaria... mas pedimosle ante todo que haga una ligera pausa sobre este juicio erróneo, y despues de oirnos, sentencie.

Uno de aquellos milagros mas patentes que en la naturaleza del ente racional ostenta el supremo Hacedor para mengua y confusion y descrédito del materialista, es cierto género de violencia y astío que sentimos en todo goce material, incapaz siempre de llenar el inmenso vacío de nuestro corazon, y apagar sus divinos suspiros. Por lo cual fijos siempre nuestros ojos en una admófera mas escelsa, mas brillante, mas pura, buscamos en vano sobre la tierra una felicidad completa. Vana ilusion!... que pasa por nuestra alma y la deslumbra con la misma rapidez que brilla fugaz relámpago en el espacio. Viva imágen de nuestro breve tránsito aquí abájo; vivo recuerdo de nuestra mansion inmortal allí donde nos atrae cierto imán poderoso, cierta propiedad ingénita en la esencia de nuestro ser hácia los objetos puramente espirituales y elevados.

Este principio irrecusable, como fundamento de las obras de imaginacion, ha dado origen á la *novela*. Este principio que sublima la imaginacion del novelista y cautiva y arropa el corazon de sus lectores, ha hecho decir al célebre Bacon, que «el gusto que tenemos por las *novelas*, es una prueba de la grandeza y dignidad del entendimiento humano...» «porque los objetos del mundo real, prosigue el citado escritor, no llenan el ánimo ni le satisfacen enteramente, buscamos pues alguna cosa que ensanche mas el corazon, apetecemos hechos mas heróicos y brillantes, acontecimientos mas variados y maravillosos, un órden de cosas mas espléndido, una distribucion mas general y justa de premios y castigos, que lo que estamos viendo, y no hallando esto en las historias, recurrimos á las no-

Non ex vulgari opinione sed ex satio iudicio.

BACON.

velas.»—Sin embargo la *novela*, aunque apoyada en tan firme y grandiosa base, ni se ha entendido ni atendido. Ninguno hasta ahora se ha tomado el trabajo de ecsaminar detenidamente de lo que es capaz este género de literatura, sino llevado á la perfeccion, trabajado con el acierto y celo que otros muchos. La *novela* no ha sido considerada en razon de la influencia universal que pudiera ejercer sobre la literatura y su primer objeto, cual es, la civilizacion de los pueblos, la mejora de sus costumbres.

Sobre estos dos puntos cardinales nos proponemos decir unas pocas palabras, haciendo algunas ligeras indicaciones, que deseáramos se dignasen tomar en cuenta aquellos literatos de quienes puede decirse que les sobra imaginacion, si bien les falta juicio. Hablo de aquellos que solo escriben con el ambicioso objeto de hacerse notables, soltando el freno á su imaginacion, sin curarse de los buenos ó malos resultados de sus doctrinas.—Al efecto haremos una breve reseña de la historia de la *novela*, insiguiéndola desde la época de su nacimiento hasta la presente, por las distintas que forman las costumbres inestables y caprichosas de los pueblos.

No sabemos á punto fijo el tiempo en que tuvo principio la *novela*, gracias á que los feroces ejércitos de Atila hicieron cenizas los documentos que nos legáran estas y otras muchas nociones de los mas remotos tiempos de la antigüedad. Mas considerado el principio ya establecido, debemos conocer que la *novela*, es tan antigua como el mundo. A ciencia cierta solo sabemos, que la cultivaron los indios, los persas y los árabes, amás de los antiguos griegos famosos por sus cuentos *jonios* y *milesios*.—Oyendo tales consejas la naciente sociedad de aquellos siglos rudos é incultos, no podia en esto llevar otro objeto que matar á placer y sin daño alguno aquellas horas mas ociosas de nuestra vida; porque la imaginacion no puede estar ociosa un momento, y como nuestro cuerpo del trabajo, ella se cansa de la ociosidad. ¡Notable diferencia! Por este medio los hombres de entonces caminaban insensiblemente á la suavidad tan necesaria de sus costumbres, al mejor estado de civilizacion; y

sin hallarse en el caso de conocer la importancia de este género de literatura, comenzaron á cultivarlo por un impulso espontáneo de la humana naturaleza.—Esta inclinación natural de las sociedades movió luego la pluma de algunos sabios escritores: pero fué una pluma llevada con aquella sutura hija del desdén y poco aprecio que se observa en los escritos del momento. Eliodoro, Aquiles, Tacio y Apuleyo, florecientes por el siglo 4.^o en la decadencia del imperio romano, escribieron *novelas*; pero semejantes retoños literarios quedaron secos, secos ya los laureles de aquella famosa república. Cultivados y atendidos los demás géneros literarios seguían una marcha concertada y trazada por los mas sabios escritores; mas estos, poco interesados y considerados con las *novelas*, escribiéronlas con tan culpable desorden y descuido, cuanto solo tuvieron por regla las leyes y exigencias mas ridículas de las épocas, y el capricho de un pueblo ignorante. Así que en ningun género se ha escrito con tanta estravagancia y des concierto.—La época llamada de caballería, que marcamos como 3.^a época del *romance*, dió materia abundantísima para formar aquellos libros «en estilo duros, como dice nuestro Cervantes en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.» Pero aunque algunos de ellos no pecan de todas estas tachas, aun se queda corto Cervantes en no considerarlos como gente perjudicial, además de gente inútil.—Con efecto tales obras de desatinos hicieron por entonces (y no hay que echarlo á hipérbole) mas daño y destrozo que los mismos ejércitos de Atila. En ellas se discutieron, se sancionaron, se publicaron sin rubor los derechos mas injustos del hombre, si es que hay derechos tales. Allí se vió confundida la religion con la impiedad del fanatismo; y vióse legitimado y respetado como sagrada ley, el derecho de la fuerza bruta. Confundiéronse tambien las acciones de heroísmo y de valor con los hechos mas feroces y temerarios, confundidos con las mas asquerosas patrañas y bajas mentiras los altos hechos de los héroes mas famosos en la historia del mundo. Y oculto el vicio bajo el velo de la hipocresía, proclamábase defensor de

la virtud el que mas la ultrajaba. En resumen presentábase en confuso embrion la idea de lo verdadero y de lo falso, de lo justo é injusto, de lo útil y perjudicial.—Muchas fueron las *novelas* caballerescas que en verso y prosa se escribieron; tales como las *Proezas de Carlo-magno*, por D. Turpin arzobispo de Rheims; el *Amadis de Gaula*, por Garcí-Ordoñez de Montalvo; el *Orlando Furioso* de Ariosto; *Palmerin de Inglaterra*, por Francisco Moraes; *D. Belianis de Grecia*, por el licenciado Gerónimo Fernandez; *Tirante el Blanco*, por Diego de Gudiel, y otras muchas que por su mérito inferior, y en obsequio á la brevedad no citamos.—Las formas del gobierno feudal apegadas á las bárbaras costumbres de aquellos siglos, se prestaban facilmente á la imaginación fecunda y flexible ingenio de los mejores escritores; por lo que siguiendo algunos el gusto dominante de aquella época de desenfreno y de esterminio, no desdeñaron emplear tan mal sus talentos; que el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Fomentados y sancionados de esta suerte delirios y preocupaciones, obsérvase en los *novelistas* un fenómeno bien extraño por cierto entre hombres cultos.—En todos los géneros de producciones literarias vemos que los escritores se han opuesto al torrente de las opiniones mas estraviadas y de las costumbres incultas de sus épocas, porque esta es su misión; mas en las *novelas* parece que estos se han identificado y acondicionado tanto con los abusos, que han descendido hasta doblar la rodilla á la ignorancia é igualarse vilmente con el vulgo soez. En otras obras los primeros ingenios han abierto y hecho seguir al público las diversas escuelas literarias que se han permitido crear, é inclinarlo y aficionarlo á los géneros de literatura que hacen época en la república de las letras: mas en las *novelas* se han ajustado á las inclinaciones del pueblo; y el genio en vez de separarse del comun desacuerdo, en vez de levantar el pensamiento á la esfera mas alta, le ha supeditado á la tierra hasta confundirlo con el polvo de la multitud. En muchas obras los grandes hombres han escrito para el pueblo: en las *novelas* puede decirse que el pueblo ha escrito para ellos: tal es la servil esclavitud á que se vé sujeta la pluma del *novelista* á

las manías y desórdenes de la época.

Obsérvase por tanto que las maneras y modo de escribir *romances* no han variado en virtud de una revolucion literaria fraguada y hecha por uno de aquellos genios que sorprenden y hacen suyas las sociedades, dominándolas á su voluntad, sino en virtud de una revolucion social preparada y abortada por el cansancio de los siglos en sus mudables exigencias. Asi que las novelas caballerescas no murieron, hasta que el espíritu de caballería dió sus últimas agonías. Hasta que el siglo un tanto mas avisado no creyó tan fácilmente en brujas, y mucho mas en las falsas historias y monstruosos absurdos de encantamientos, hadas, nigromantos, dragones, y gigantes, lagos, torres y castillos de plata, y oro y piedras preciosas resplandecientes á la claridad de la luna ora en medio de un páramo sombrío, ó en la elevada cima de un monte, en lo mas apartado y espeso de un bosque ó de una isla. Y hasta que el pueblo se alimentó de estas visiones, visiones le ofrecieron los *novelistas*. Solo Miguel de Cervantes intentó echar por tierra el nombre de caballeros andantes, y lo consiguió, aunque fuera de tiempo; pues cuando escribió tan señalado ingenio, habia ya caducado el espíritu de caballería, pudiendo decirse que las novelas caballerescas sirvieron ya tan solo para dar asunto al *Ingenioso Hidalgo*, y asimismo dar ecsánimes el último á Dios en tan célebres funerales.

Se continuará.



A UNA HERMOSA.

De estas ficciones hermosas
Siguiendo los pasos van
Amarguras dolorosas.....
Son celajes de oro y rosas
En brazos del huracan.

Marta Mendoza.

Que una sola prenda quiero
Y diz que el amor se llama
Y vale mas que el dinero
Y que el poder y la fama.

M. Mila.—Estudios literarios.

Yo he soñado placentero
Entre amorosa ilusion,
Oir el eco sincero
De un ángel, dulce, hechicero,
Que hablaba á mi corazon.

Y palabras de ternura
Respirando casto amor,
Oía yo con dulzura
Y aquella voz de blandura,
Disipaba mi dolor.

Desde mi primera aurora
me rechazó la fortuna,
Y la ingratitud traidora
Vino á mecer en mal hora
Mi pobre, ignorada cuna.

La sociedad presuntuosa
Mis lágrimas despreciaba,
Y al silencio abandonaba
Mi triste lira amorosa,
Porque un blason no ostentaba.

Ni una sola simpatía
Encontraba mi dolor,
Ni una mirada de amor
Que de mi melancolía
Ahuyentára el amargor!

¡Ni una alma que me entendiera!
Mi sonrisa candorosa
De una muger hechicera!
Ni una mirada siquiera
De alguna jóven hermosa!

Y mi juventud lozana
Triste asaz se marchitó
De todo entonces dudó
Y el porvenir de *mañana*
Ya *nada* me presentó.

Un hermoso porvenir
Me anunció un feliz ensueño,
Un mas tranquilo existir
Feliz, alegre, risueño,
Bella imagen del vivir.

Pero fué vana ilusion
Pues los dias y los años,
Solo crueles desengaños,
Solo falsías y engaños
Daban á mi corazon.

Los dias tristes venian
En mi inerte soledad,
Pero luego se extinguian,
Y pasaban, y se hundian
En la negra eternidad.

Pero un ángel de ternura
Que formó Dios en el cielo,
Vino con dulce consuelo
Con inefable dulzura
A calmar mi triste suelo.

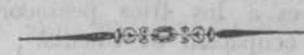
Yo la miré, vírgen, bella,
Como la lozana rosa,
Con su sonrisa amorosa.....
Como la luciente estrella
Que resplandece donosa.

Y mi mústio corazon
Hácia la hermosa voló,
Y solo en mi alma quedó
Una acendrada pasion,
Pues que de mi lado huyó.

Huyó ya mi triste sueño,
Y mi angustia y mi quebranto,
Y vino á secar mi llanto
Un porvenir mas risueño,
Lleno de feliz encanto.

Calmó mi triste amargura
Su acento consolador,
Y su mirada de amor
Ahuyentó mi desventura,
Templando á par mi dolor.

V. B.



DISCURSO

pronunciado con motivo de la instalacion del Liceo Artístico y Literario de la ciudad de Logroño el 30 de Setiembre de 1840 por D. José María Paniagua individuo del mismo.

SEÑORES.

Al vernos aquí reunidos para instalar un Liceo donde los entretenimientos útiles y agradables alternen y sirvan de recreo al espíritu, y de ejercicio al entendimiento no es posible desconocer la tendencia de la civilización actual, que por todas partes, y bajo todas formas se insinúa y establece. Hoy no son solas las grandes capitales de la Europa, las que erigen academias, pritanecos, círculos literarios, y Liceos donde los ciudadanos de todas las clases cultas pueden disfrutar de las esquisitas sensaciones de la imaginación, y de lo bello, sino que haciéndose sentir activamente este gusto de la época encuentran favorable acogida tales establecimientos aun en ciudades menos populosas. Sin duda alguna esto es un progreso porque el espíritu tiene sus necesidades, y para satisfacerlas mas cumplidamente varía los medios, sigue otros caminos, y acude hoy al espíritu fecundo de asociación, como necesario para engolfarse en la civilización vivaz y enciclopédica de nuestros días, y en lugar del quietismo social del siglo 18, vemos surgir por todas partes un vehemente deseo de mejora, de goce y de cultura.

Bajo el alegre cielo de Rioja las inspiraciones deben ser mas dulces, sensibles y aun poéticas que en otros climas menos favorecidos, y las que han conducido a formar esta reunion, indican bien a las clases un deseo de placeres intelectuales, que no se logran sino en la comunicacion de los talentos, y de la sociabilidad, y Logroño que es acaso la primera ciudad de la antigua Castilla que promueve un establecimiento de esta clase, sin duda alguna es con objeto de sacar aquellas ventajas.

Algunos espíritus morosos nos criticarán al oír el nombre de Liceo, creyendo que no pueden resultar utilidad de tratarse ningún punto social sino en estilo ó con fórmulas académicas. Pero estas personas desconocen la fisonomía de un siglo donde se decide a veces de la suerte de los estados, ó se declara una guerra en medio de fiestas campestres, en los parages mas pintorescos de la Europa, ó despues de oír una cabatina de Cramer ó de Doeniceti. A los grandes tomos en folio que sobre un atril leían nuestros abuelos han sucedido los treinta y dos avos en letra micróscopica que corran la posta en el chalco de un elegante ó en la bolsa de una bella que estudia la botánica, ó la astronomía, y dibuja un paisaje al recorrer los románticos sitios de la Suiza, de los Alpes, ó de la Península italiana. Sube hoy a la cima de San Bernardo ó del Mont blanc una delicada inglesa ó un Boyardo ruso para reconocer la región de las nieves perpetuas ó las formaciones plutonianas del granito y del basalto; abandonando los hábitos *comfortables* de Londres, ó el castillo feudal de la Ucrania, y la belleza que antes temblaba al entrar en un coche de colleras se lanza hoy en los espacios en alas del vapor. Los gustos de la época son caprichosos, ligeros y tienen algo de poéticos y á las tertulias graves y elegidas de nuestros padres al minué; y á la alemanda, han sucedido en toda Europa las bulliciosas reuniones, las conferencias brillantes, las estrepitosas mazourkas.

Dejemos pues á los frios pensadores de la sábia Germania, la ocupación de calcular, las aberraciones

de la sociedad moderna, las causas y los efectos de esta tendencia, y entre tanto que el entendimiento humano marcha en espiral, segun la bella espresion de Goete, asistamos nosotros con placer á estos torneos poéticos y artísticos, cuidandonos principalmente de atenuar sin perjuicio de la moral esta fugitiva existencia, que tantas peripecias, como hemos visto, y tantas tragedias á que hemos asistido han hecho mas de una vez tediosa.

Los Liceos modernos tienen por consiguiente otro caracter mas jovial que los que se llamaron así en Atenas. Ni permite otra cosa el carácter de la época, y aun que conserven aquel nombre hay entre ellos la inmensa diferencia de una civilización que dista entre sí veinte siglos, y que ha cambiado los modales, las ideas y los gustos; si allí se discutía gravemente, aquí sin faltar á la solidez se ballará la amenidad, y si allí ideas confusas, y á veces incoherentes ocasionaban encontradas opiniones, aquí solo una dominará *la instruccion y el recreo*; bella divisa que á la verdad es el emblema de la vida intelectual de las sociedades cultas y ricas de la Europa.

La asistencia en estas reuniones de un elemento vivificador y magico es suficiente para darles una fisonomía particular, producir mil sensaciones agradables, y sobre todo una elegante cortesía.

Ya se habrá adivinado que hablo de la presencia de las damas en este recinto, y sin que quiera dejarme arrastrar de una imaginación poética para describir el magnetismo de su influencia en los Liceos modernos, diré solo que todas las facultades del alma se animarán con su asistencia, y aunque pienso se me creará unánimemente, no quiero defraudar á Platon de su opinion que el trato de las mugeres tenia algo de divino. Por mí Señores, creo cierto el dicho; y si es error al menos es un error agradable, y en que muchos han caído ¿pero cómo dudan del aliciente para ser mejor, para brillar, que dá la presencia del ser á quien cupo por suerte la gracia, la modestia y la seducción? y sino preguntemos á los mismos que duden de mis palabras ¿quién civilizó á esos fieros paladines del siglo doce? y ellos dirán; la muger ¿quién estableció la cortesía y la generosidad en Europa? los torneos donde la belleza dispensaba el premio ¿quién introdujo la elegancia de los modales, la amenidad en el trato, el misticismo en los deseos, y la decencia en el lenguaje? y tambien dirán la muger. Pero, Señores me escudo de los límites que me he propuesto, y ademas para describir con imparcialidad la influencia del bello sexo sobre el hombre, era necesario ser físico, geómetra, médico y sobre todo tener la desgracia de ser insensible.

Ocupaciones, unas útiles, otras amenas debe ofrecer esta reunion. La literatura ó el cultivo del entendimiento y de la imaginación, y singularmente la poesía, la primera de las artes del ingenio; la música ó el ejercicio de los placeres de la armonía que deleitan en todas edades, el baile ó el lenguaje mudo del sentimiento tan antiguo como la sociedad, y la espresion mas natural de la alegría en todos los pueblos, formarán la série de nuestros entretenimientos, que podrán alternarse con las distracciones inocentes é instructivas de la lectura y la conversacion; en tan variadas ocupaciones todos pueden ser aquí capacidades útiles. Al contribuir cada uno con el tributo espontaneo de su inteligencia y buen deseo, resultará el mútuo y común agrado, y el interés crecerá á medida de la utilidad que se reporte.

La educacion que hoy se recibe en la Europa, y se va introduciendo en España, predispone á entrar en el mundo artístico, literario y científico bajo mas fáciles auspicios que en el siglo anterior. Los conocimientos sobre todas materias mas generalizados, las

ciencias progresando maravillosamente, las comunicaciones mas rápidas, los viajes mas frecuentes, esta inquietud por variar de objetos y de sensaciones, las artes dominando la sociedad y exigiendo el auxilio de las ciencias para su perfeccion, han modificado las costumbres, y obligan á la generalidad de los hombres cultos cuyo principal conato es llegar á la fortuna ó á la consideracion, á seguir la marcha del siglo, resultando de todas estas causas una civilizacion mas estensa y cosmopolita; la dulzura en el trato, mas precision en las ideas, mas correccion en el language y una crítica mas delicada y filosófica en todas las relaciones sociales, y en todas las producciones del entendimiento y de la imaginacion.

Mas para que nuestros deseos tengan los resultados que apetecemos, es necesaria aquella regularidad que debe reinar en el ejercicio de los deberes y ocupaciones de los socios. Un reglamento que marque estos deberes mútuos, y el método que ha de seguirse en las reuniones parece indispensable, porque de ellos resultará la armonía, y la armonía producirá el orden, sin el cual nada es duradero, ni útil en las asociaciones donde es tanto mas conveniente, cuanto que así se previenen las veleidades del capricho, ó las exigencias y conflictos del amor propio. La comision que entiendo en su formacion tiene este trabajo concluido, y la aquiescencia de todos los socios le dará la mejor garantía para lograr los fines que nos proponemos.

PREMIO.

Este eficaz estímulo de las grandes acciones cuenta una antigüedad tan prodigiosa que apenas entrevemos su origen en el caos de los primeros tiempos: el primer signo de aprecio público de que tenemos noticia es sin duda la corona; y ya esta ciñó las sienas de Baco como conquistador de la India. Algunos atribuyen á Júpiter la invencion de semejante distintivo; mas como quiera, coronada de laurel nos ofrece á esta deidad la mitología, y casi todos sus héroes han sido transmitidos hasta nuestros días por la poesía, la historia y las bellas artes orladas sus cabezas de una corona. Los hebreos, los egipcios, los griegos, los pueblos mas cultos la miraron como la recompensa de la destreza y del valor, aunque despues vino á hacerse con el nombre de diadema la señal de la dignidad y del poder. Por lo mismo, no todas las coronas fueron iguales ni de igual estimacion, si bien todas fueron sencillas en su origen. Al que llevó á la India la agricultura con la conquista se le vé coronado de pámpanos, al paso que de hojas de higuera al padre de los dioses, de laurel al de las musas, de álamo á Hércules, de heno á Proteo, y de ciprés al implacable Pluton; y mientras la diosa de Guido se ostenta risueña coronada de mirto y de rosas, Ceres nos muestra su corona de espigas, Pomona la de frutos, y la de almenas Cibele; ciñe el olivo las sienas de Minerva, las musas son coronadas de flores, la fortuna de hojas de abeto, y de las de el granado la diosa de las bodas. La corona cívica, esa muestra de aprecio singular, premio de servicios relevantes hechos al Estado, y que atribuía al que la ceñía prerogativas tales que le daban asiento principalísimo en los espectáculos, le exoneraban del pago de los tributos, y á las veces el pueblo y los legisladores hablaban de pie en su presencia; esa recompensa tan apreciada que Roma concedió á Augusto y á Ciceron por la conservación de sus conciudadanos (1) consistía no mas que en

(1) *Ob civis servatos. Esta inscripcion orlaba la corona cívica de Augusto en diferentes medallas.*

un ramo de encina ó de roble que orlaba las sienas del que habia tenido la dicha de merecerla. Que no se dispense pues con facilidad el premio, mucho menos con abuso, para evitar que pierda su valor existimático cayendo en ridiculo; pero que tampoco se entregue á manos avaras la administracion de este aliciente mágico por el pueril temor de su importancia física. No queramos imitar á la lechuza que vé menos en medio de la luz, perdiendo un caudal inmenso por economizar un centenar de reales. Cruces, cintas y títulos de papel bastaron mas de una vez á premiar hasta la conquista de un reino. La diadema misma de los soberanos antes que vinieran á alterar su forma y su materia el lujo, la molicie y la corrupcion, no fue mas que una simple venda tejida de hilos de lana ó de seda, cuyas estremidades ligadas detrás de la cabeza pendían sobre los hombros.

Reproduzcanse esos honestos incentivos de gloria y de emulacion que hacen á los hombres laboriosos, útiles y aun héroes. Es un mal debido á sociedades reciénformadas y envueltas todavia en la ignorancia haberse ocupado en castigar el crimen infinitamente mas que en promover las bellas acciones. Esta cortedad de vista y el contagioso prurito de imitacion han conseguido poner en juego como mas á propósito para regirnos los motivos tomados de la aversion al dolor, entregando casi al olvido los que dimanán del amor al placer. ¡Error imperdonable! Estos últimos diestramente manejados son los que estimulando el amor propio conducen á las grandes acciones. La estimacion pública es un fondo inagotable que lejos de desmintirse se aumenta prodigiosamente dispensada con medida y discernimiento. El alto prez de la moneda del honor escede incomparablemente al de la fortuna en una nacion ilustrada. La promesa de placer semejante es capaz de llevar al hombre á la inmortalidad, aun al través de lo imposible.

No olvideis estos principios consagrados por la experiencia de todos los siglos, vosotros los que os hallais al frente de establecimientos de instruccion y de fomento. A todos sus directores desearíamos inculcarlos para que infundieran aliento en sus discípulos; pero licéistas por amor á las letras y á las artes la mayor parte de los redactores de este periódico, no podemos menos de dirigirnos con singularidad á los dignos componentes la junta directora del Liceo artístico y literario de esta capital. Reconocido habeis la necesidad imperiosa de fomentar los ramos del saber, convencidos de que el grado de felicidad de las naciones está en razon directa de sus conocimientos. Con efecto, los medios que ponen á los ciudadanos en ocasion de conseguir su bienestar son las fuentes de la pública felicidad. Las ciencias, y con ellas las artes su resultado, ocurren á nuestras necesidades, y llenan los objetos variados de nuestros goces. Ellas son además las que en orden al gobierno de los pueblos, moderan aun en medio del despotismo los estravios del poder por medio de reclamaciones oportunas, impidiendo á la par que la ruina del déspota la del estado: y en los gobiernos representativos ofrecen diputados dignos de una nacion ilustrada, cuya mision será mas permanente, y mas segura su reputacion cuanto mayor el grado de ilustracion de los comitentes. Convencidos, repetimos, de tan interesantes verdades arrostrasteis dificultades no pocas que opusieran el arraigado oscurantismo, la pereza natural y la ponzoñosa envidia; y visteis al fin no sin lágrimas de placer abierto el asilo de las luces en medio de una noche de entusiasmo. ¡Ah! que no sean vanas las lisonjeras predicciones que osamos hacer en aquel momento de alborozo y embriaguez. Pronto sin duda veránse organizadas las secciones prescritas en el artículo 5.º del reglamento; y aunque no constituidas definitivamente, ya la ferviente juventud Zaragozana ha

hecho brillar sus poco comunes conocimientos en la poesía y la elocuencia, en la pintura, música y declamación. Diferentes números de nuestro periódico bosquejan las sesiones celebradas en el Liceo aunque con la moderación que era fuerza embarazara la pluma de unos articulistas que tanto habían contribuido a su lucimiento. Pero ¿cuál premio se ha dispensado a tantos afanes? ¿Cuál muestra de recompensa pende del cuello del joven estudioso, cual adorna la cabeza de la tierra virgen, de la respetable matrona que osaron lanzarse a la arena para contribuir a nuestro bienestar, ya ofreciéndonos las risueñas imágenes de la naturaleza embellecida, ya arrastrándonos tras de los encantos de hermonia; para enseñarnos con viveza y calor las verdades friamente apuntadas por la razón, para llevarnos en fin a la ilustración por la florida senda del placer? ¿Cuál premio, decimos de nuevo? ¿Bastará un bravo apenas percibido, una palmada que tal vez parezca forzada? Pensadlo, os suplicamos, suplid a la ingratitud, prevenid la envidia, y evitad se amortigüe el fuego abrasador que devora dichosamente las almas generosas de ese corto número de jóvenes conocidos de todos como honra de su país, y de esas sirenas cuya laudable aplicación, cuyo amor a la gloria no han bastado, con dolor lo decimos, a que su noble, su obligado ejemplo se mire secundado por tanto parásito como a despecho de los medios de pública instrucción en que abundamos, sirven al cuerpo social, como al humano las lupias, de feos escrescencias destinadas a consumir los jugos que deberían servir a nutrir miembros útiles. No os pareis en el articulista: no es socio facultativo de sección alguna; no puede pues ser sospechoso, puesto que no está en ocasión de aspirar al premio: deteneos mas bien en examinar las listas de memorias, discursos y otros ejercicios premiados por las academias, institutos y liceos de Europa, y ved los sabios de primer orden, los eminentes profesores de bellas artes, los distinguidos artistas que han producido el estímulo de la recompensa, el mágico aliciente de una muestra expresiva de aprecio público. Contribuid de todas veras a que este distintivo el mas honroso sea codiciado con entusiasmo, otorgado con prontitud y con justicia, y poseído con orgullo; y prometeos ciudadanos dignos que un día honren vuestra memoria, eternicen el nombre del Liceo zaragozano y labren la dicha de la cansada patria. = J. M. C.



DOS PREDICCIONES.

I.

Era el mes de Marzo de 1583 cuando dos hombres se encontraron en la escalera de mármol del palacio de San James. El que salía de las habitaciones reales iba vestido de un color oscuro, su aspecto era noble y grave, y su traje descubría aquella austera sencillez que era el carácter distintivo de los sabios y de los poetas en aquel siglo de frivolidad.

El otro inglés por el contrario, iba vestido con un minucioso esmero. Una gorguera de encaje formaba una orla movable y graciosa al rededor de su barba joven todavía; negra y puntiaguda, sus calzones y gabardina eran de raso carmesí, y el hombro derecho iba cubierto de una pequeña capa de terciopelo que debía tener sobre su destino una de aquellas influencias accidentales de que la historia nos presenta muy pocos ejemplos.

Una exclamación de sorpresa se oyó a la vez.

—Eduardo Spencer!

—Walter Raleigh!

Los dos condiscípulos de la universidad de Cambridge se apretaron la mano con efusión.

—A dónde vas? dijo el poeta.

—A la corte: y tú? respondió el joven aventurero.

—Yo la dejo.

—Cómo! y porque? El secretario de lord Grey de Wilton se ha disgustado ya de la política?

—Porqué? replicó el poeta bajando la voz, porque es preciso aplaudir las acciones que uno desaprueba, poner grillos a la imaginación y mordaza a los labios. Estoy cansado de mentir y de romper....

—Y yo interrumpió Raleigh, estoy fastidiado de vegetar en los matorrales de Devonshire como una planta silvestre. He mirado demasiado tiempo el mundo al través de las recortadas ventanas de un antiguo castillo. Me hacen falta intrigas que promover, enemigos que combatir, y rivales que arruinar. Quiero hacerme rico como Leicester, ilustre como Burleigh, temido como Norfolk....

—Y morir como él, no es así, Walter? Pobre necio! Adios, amigo mio. La reina me ha dado en recompensa de mis servicios el castillo de Kilcoman, secuestrado a la familia del desgraciado conde de Desmond. Está situado a la orilla de la Mulla, al pie de la montaña de la Molle, cuya cúspide es blanca como la nieve. Viviré en ese rincón de la Irlanda, oscuro como un puritano é independiente como un águila!

Raleigh se encogió de hombros.

—Guardate bien, Eduardo! que el árbol de los Desmond ha dejado en Irlanda muchos vástagos que el hacha de Isabel no ha derribado y la independencia es madre de la pobreza.

Spencer se sonrió.

—No lo olvides, Walter! replicó; las fortunas de corte son efímeras, y la torre de Londres no está lejos del palacio de San James!

—Veremos, dijo Raleigh.

—Veremos, repitió Spencer.

Los dos amigos se apretaron de nuevo la mano con una involuntaria tristeza, y despues se separaron, conmovidos instintivamente de una predicción que tal vez el porvenir debía realizar.

II.

Entre dos montañas de la Irlanda se elevaba en el siglo XVI un castillo guarnecido de cuatro torreoncillos, sobre los que el tiempo había impreso ese venerable moho que es la carta de nobleza de los antiguos monumentos.

En este país, fecundo en revoluciones, cada piedra tenía su historia; el castillo de Kilcoman tenía la suya; y poco tiempo antes de la época a que se refiere el triste episodio cuyas particularidades vamos a contar, sus muros habían sido testigos de un sangriento drama.

El conde de Desmond había sido uno de los mas acérrimos motores de la insurrección que estalló en Irlanda en 1582. Vencido con ella, murió cerca de Kilcoman a manos de un soldado inglés, y su cabeza fué espuesta en el puente de Londres por orden de la princesa Isabel a quien la habían enviado. Sus bienes fueron confiscados y su castillo entregado a un joven y brillante poeta, que había empleado su genio en obsequio del trono. Eduardo Spencer no titubeó en enriquecerse con los sangrientos despojos del conde de Desmond; y en vez del estruendo de las armas, los paisanos irlandeses no oyeron ya resonar bajo las bóvedas de Kilcoman mas que las antiguas baladas de los menestrales y de los trovadores.

Los herederos del desgraciado conde, desterrados de los campos paternos, habían huido a los bosques inaccesibles de Irlanda; pero llevaban consigo la esperanza de vengarse algun dia; y cuando el célebre Tyr-

rone sublevó de nuevo este país fomentando la gigantesca insurrección que hizo vacilar el trono de Isabel, el hijo mayor del antiguo Señor de Kilcoman desenvainó la enmohecida espada de su padre y fué á poner sitio á la posesión de sus abuelos.

Kilcoman protegido por su posición y defendido por la naturaleza, hubiera sido casi inespugnable á no tener por únicos defensores cinco ó seis criados, cuyas pacíficas costumbres, los hicieron en esta ocasión más bien embarazosos que eficaces. Sea como quiera, Eduardo Spencer defendió con intrepidez aquellos muros que habían conocido otro dueño; pero su resistencia fué inútil. Los insurgentes arrojaron hachones encendidos sobre el castillo; en un momento el fuego se apoderó de los techos, y alimentado por el viento impetuoso, no dejó ninguna duda sobre la próxima y completa destrucción del viejo edificio.

Spencer fijó una mirada de inexplicable terror sobre las ardientes llamaradas del incendio, que corrían exhaladas desde la base hasta la cúspide de los torreones; en seguida se volvió hacia una hermosa joven que pálida é inundada en lágrimas, estaba sentada á sus pies.

—Todo se ha perdido! exclamó; no nos queda más arbitrio que orar para morir en gracia.

—Morir! murmuró con una voz trémula la irlandesa; oh! no, Eduardo, tú lo dices por asustarme. ¿Qué les importa á los revolucionarios la vida de una mujer y un poeta? Hemos acaso poseído el tajo fatal por sus montañas y firmado las leyes de sangre bajo cuyo peso gimen?

—Pobre mujer! replicó el poeta fijando sobre ella una mirada de amarga resignación; y cuando te hayan privado del techo que te abriga y de la fortuna que te alimenta; cuando ya no poseas en el mundo otra cosa que el vestido que te cubre, no será bien brillante tu vida, y no vale más morir hoy que arrastrar por todas partes una pobreza desoladora y eternos dolores?

La joven irlandesa levantó sus grandes ojos azules hacia el poeta.

—Aunque los revoltosos te cojan, respondió; no se apoderarán más que de la menor parte de tus riquezas. Eduardo, siempre te quedará tu génio.

Spencer se sonrió tristemente.

Bello recurso, querida mía! con el génio Shakespeare no gana lo suficiente para comprarse unos calzones de lana cada seis meses, con el génio, Ben Johnson se halla confundido entre los bufones de Isabel!

Apénas había pronunciado estas palabras cuando la puerta del cuarto se abre con violencia y entra por ella un joven irlandés con una espada sangrienta en la mano.

—Por la sangre de mi padre! exclamó fijando sus ardientes ojos sobre el poeta, hace largo tiempo que Enrique de Desmond hubiera querido encontrarte cara á cara para decirte: «yo he arrastrado durante tres años la librea de la miseria, mientras que tú te engordabas con mi fortuna: me he acostado sobre la nieve, cuando tú te abrigabas en mis hogares; he mendigado, he robado, he maldecido al cielo, mientras que tú, encubridor del verdugo, tú hacías resonar bajo las bóvedas de mis antepasados los chillones sonidos de una lira comprada por la tiranía. Coje tu alforja y tu baston, Eduardo Spencer; el tiempo de mis desgracias se ha terminado, ahora empieza el tuyo!

El poeta se había hecho superior á esta maldición.

—Desprecia tus injurias, le respondió; tu padre pereció de una muerte sangrienta, pero yo no soy ni el soldado que le mató, ni el ejecutor que coloró su cabeza sobre el puente de Londres... Un asesinato sería un crimen sin motivo y sin excusa!

Enrique soltó una carejada feroz.

—Matarte! replicó con una voz lenta y terrible; oh!

no, no! Es preciso que vivas para detestar mi nombre como yo he detestado el tuyo; para consumir tus días con devoradoras lágrimas; para que duermas en las concavidades de las rocas y sobre la endurecida nieve; es preciso que vivas para alargar la mano á la limosna y arrastrar por todas partes el fantasma de tu gloria y los andrajos de tu celebridad.

El irlandés envainó la espada.

—No te mataré sino con tu orgullo, continuó con una falsa y rencorosa sonrisa; tus obras quedarán enterradas bajo los escombros de tu castillo; Kilcoman será la tumba de tu génio.

Al pensar que las obras que debían completar la ilustración de un talento que se había descubierto á la Inglaterra por la publicación del *Calendario del Pastor*, de la *reina de las Hadas*, y del *teatro de los elegantes*, estaban destinadas á no ser muy pronto más que un poco de polvo, Spencer sintió que le abandonaba su valor, y se hubiera bajado hasta suplicarle sino hubiera leído en los ojos del irlandés que esta humillación sería inútil. Entonces alargó la mano á la joven traspasada de terror, y atravesó con ella el castillo que el incendio devoraba. Cuando llegaron á lo alto de la montaña, la irlandesa, que hasta entonces había sido sostenida únicamente por la fuerza facticia que comunica la desesperación á los desgraciados, cayó sin sentido sobre las malezas.

El poeta se abajó hacia ella.

—Consuélate, le dijo mostrándole un cuaderno de peregrinación que llevaba oculto entre la camisa y la gabardina, iremos mendigando hasta Londres; pero llevo conmigo mi *Emperatriz Marcilla*.

III.

Eduardo Spencer llegó á Londres la víspera de San Miguel de 1595.

Su larga peregrinación desde Kilcoman no fue sin duda alguna enteramente desprovista de particularidades curiosas; pero como la historia no las ha indicado, solamente por conjeturas podemos probar á descorrer el velo que las rodea. Bien tuviera que recurrir á la caridad de los viajeros, ó bien que obtuviera de los habitantes de las poblaciones por donde pasó una hospitalidad aduladora al hacerles saber su nombre que tan popular se había hecho por su feliz éxito poético; lo cierto es que Eduardo se hallaba tan pobre al llegar á Londres como cuando salió de Kilcoman. La joven irlandesa no lo había abandonado; había participado de todas las vicisitudes de este triste viaje sin que ni una queja ni una lágrima viniera á hacer vacilar la firmeza del poeta ni á renovar sus heridas. Sus vestidos destrozados y casi á girones, su semblante pálido y calenturiento, las arrugas precoces que surcaban sus mejillas, esplicaban bastante lo que había padecido.

No bien hubo el poeta puesto el pie sobre la primera piedra de la ciudad que le había visto nacer, cuando su frente se despejó; sintió que iba á acabar de luchar con la desgracia, y no vaciló un momento en dirigirse al palacio de San James. Y sin que la vergüenza espantase el amor propio, ni crecadesenase su voluntad, no temió mostrar á aquella corte brillante y burlesca los agujeros de sus harapos y las cicatrices de sus dolores.

—Un schelling para el autor de la *Reina de las Hadas*, exclamó arrojándose á los pies de Isabel, que procuraba descubrir en el semblante lívido y envejecido de Eduardo Spencer las nobles facciones de su poeta favorito; un schelling para el amigo de Felipe Sydney!

Después apartando de sus ojos los largos cabellos grises que los cubrían.

—Señora, continuó, gracias á V. M., yo creía haber elevado mi nido sobre los abismos y las tempestades. Refugiado en un antiguo castillo, ocupado de la ciencia

y de la poesía, no temía á ningún enemigo, porque mi conciencia no me acusaba de ninguna injusticia. La suerte se ha encargado de desengañarme. Henrique de Desmond ha vengado á su padre; los irlandeses han incendiado á Kilcoman.

Isabel apretó convulsivamente sus delgados labios.

—Por la muerte de Dios! exclamó llevando el compás con el pie, lo que indicaba en ella una violenta cólera, le pagaré mis deudas á grande interés, y podrá bende ir mi clemencia si me contento con incendiar sus casas desde Dublin hasta el canal de San Jorge!

Después volviéndose hácia el poeta:

—No se dirá; continuó, que el autor de tan graciosas composiciones ha recurrido en vano á mi caridad; os nombro poeta de la reina, y os asigno una renta anual de cincuenta libras esterlinas.

El poeta se inclinó; Isabel pasó adelante.

—¡Cincuenta libras esterlina! murmuró Spencer con una amarga sonrisa, hé aquí lo preciso para comprar una libra de pan de centeno y media pinta de ginebra cada dos días.

IV.

Los rayos de una luna de otoño coloraban lo exterior de las casas que componian el cuartel conocido en Londres, en el siglo XVI con el nombre de Feeld-Street. En una de las boardillas mas oscuras de este barrio, refugio privilegiado de todos los individuos maltratados por la fortuna, un hombre desfigurado por la enfermedad yacia tendido sobre un miserable lecho, cubierto con una capa vieja de lana negra, compañera generosa del enfermo, á quien todavía servia de abrigo en su agonía. Su frente pálida estaba arrugada cual si sesenta años hubieran impreso en ella su huella, y sus ojos empañados y vidriosos divagaban fijándose alternativamente sobre un jóven caballero que se hallaba sentado en un banquillo á la cabecera de la cama, y una muger en oracion con las mejillas inundadas en lágrimas.

El enfermo se llamaba Eduardo Spencer; el jóven caballero Walter Raleigh; la muger no era otra que la irlandesa de Kilcoman que hacia poco tiempo habia dado la mano de esposa al poeta.

—Hé aquí el término de los dos condiscípulos de Cambridge! murmuró Spencer con una voz débil y dolorosa; el uno sobre una cama de paja, pobre y olvidado; y el otro en un palacio y poderoso como la misma reina! ¿Y qué es lo que has hecho tú, continuó con una expresion llena de tristeza y de ironía, para elevarte á esa altura cuando la fortuna me precipita á lo profundo? Tú has subido por la escala de la grandeza por medio de bajas adulaciones y oscuras intrigas, al paso que yo daba gratuitamente a mi patria el florón literario que Barbour y Chaucer no habian podido añadir á su corona. Ni he sido ni el cortesano de los ricos, ni el adulador de los reyes; ¿y cual ha sido el premio de mi lealtad? ¿cual ha sido el salario de mi virtud? La Inglaterra me ha dado un miserable lecho en Feeld-Street, é Isabel me ha hecho la limosna de cincuenta libras esterlinas!

Aquí hizo una pausa, después de la cual levantando su cabeza moribunda continuó con una voz lenta y quebrada:

—Oh! Por qué no me concede la muerte algunos dias para vengarme de esta reina ingrata! Me convertiria en historiador de todas sus bajezas y ridiculeces; hubiera paseado á esta hija feroz de los Tudor ante las horcas de Tower-Hill, por las ensangrentadas losas de Vyburn, por la prision de Fognitheray; la hubiera puesto delante de las cabezas lívidas de Desmond, de Norfolk, de María Stuard y de todos los desgraciados que ha asesinado!

Raleigh dejó escapar un movimiento de impaciencia; el moribundo sacudió la cabeza con amargura.

—Este lenguaje te horroriza Walter; pero no temas, estas palabras salen de los labios de un agonizante y solo resonarán en la tumba.

El cortesano se levantó, y apretando en una de sus manos la calenturienta del poeta:

—Eduardo, le dijo, no olvides que eres el autor de la *Reina de las Hadas* y de la *Emperatriz Marcilla*; no me obligues á recordarte que no siempre has sido un juez tan severo. Si no se ha hecho á tus talentos la justicia que se merecian, ha sido por causa de tu orgullo. Te has cerrado en tu desdén y has ocultado tu miseria para huir de los beneficios que tu altanería despreciaba. No hay un caballero en la corte que no se hubiese honrado de socorrerte, y en cuanto á mí, sabes bien que hubiera dividido contigo mis riquezas con tanto gusto como cuando dividia los schellines de mi padre en la universidad de Cambridge.

Hubo un momento de silencio.

—Puedes morir descansado, continuó Raleigh con una emocion que con dificultad podia dominar; la suerte de tu muger y de tus hijos está asegurada; si tu gloria debe ser el título de su nobleza, mi proteccion será su fortuna. ¿No dejas por otra parte en Inglaterra una celebridad inmortal?

—¿Y qué me importa, replicó el poeta con una sonrisa convulsiva, que mi nombre me sobreviva y que un poco de humo vano se eleve sobre mi tumba? De qué me sirve ser grande mañana si hoy me dejan morir despreciado.

Al pronunciar estas palabras, Eduardo Spencer puso su mano helada sobre la del cortesano. Walter se estremeció; desprendió uno por uno los dedos contraidos que se habian enlazado á los suyos, y sacó á la desgraciada irlandesa lejos de esta escena de desolacion! El poeta acaba de espirar.

V.

Sucedió á Spencer lo que á muchos hombres célebres. Luego que se esparció por Londres la noticia de su muerte, todos compadecieron sus desgracias, acusaron de injusto al siglo y quisieron contribuir á los gastos de su entierro. Se gastó para sus exequias mas dinero del que hubiera sido necesario para reedificar á Kilcoman y para asegurarle cincuenta años de opulencia. Su cuerpo fué depositado en la Abadía de Westminster, al lado de Chaucer, y la corte de Isabel creyó haber espiado la vergüenza de haberle dejado perecer en la miseria haciendo gravar sobre su sepulcro el siguiente epitafio latino:

Anglica te vivo vixit plausitque poesis;
Nunc moritura timet, te moriente, mori.

No se ignora cual fué el destino de Walter Raleigh. Muchos años después del fallecimiento de Eduardo Spencer, fue decapitado en la torre de Londres sobre el mismo tajo que habia servido para la ejecucion del conde de Essex.

Así se realizó la antigua prediccion del poeta.

E. R.=A. U. Roquer.